

Ana María Llurba

Aproximación a la obra de Leonardo Castellani

De la gloria de Dios y de su Verbo
tengo el impuro corazón henchido

Pero el poeta no miente
cuando canta francamente
lo que vio y creyó mirar
digamén qué va a cantar
si no canta lo que siente.

—LEONARDO CASTELLANI

El centenario del nacimiento del padre Leonardo Castellani, poeta, filósofo y teólogo, ha pasado inadvertido para la intelectualidad nacional, que parece mantener el «cerco sutil e impenetrable de desdén y menosprecio» que tendiera en el pasado en torno a su persona, como ha señalado Monseñor Antonio Quarracino,¹ y que, embarcada en el casi idolátrico homenaje a su contemporáneo, Jorge Luis Borges —cuyos indudables méritos literarios reconocemos—, ha olvidado el valor intrínseco de la vasta obra del erudito sacerdote, acaso porque éste privilegió la Fe, la sencillez de la espiritualidad y el sentimiento de lo sagrado presente en la vida cotidiana, por sobre el racionalismo, los juegos de especulación filosófica carentes de sentido de trascendencia y la estética del lenguaje que son tan apreciados a los ojos del materialismo posmoderno.

Es nuestro propósito intentar una aproximación a su obra, ciñéndonos a sus escritos meramente literarios, a modo de reconocimiento y homenaje.

San Jerónimo del Rey, hoy Reconquista, en el Chaco santafesino, tierra bravia en aquellos tiempos, «región que se estaba haciendo al borde del bosque virgen y del Paraná sin costa»,² espacio de cruce cultural a causa de la inmigración, vio nacer, el 16 de noviembre de 1899, a Leonardo Castellani, hijo de un inmigrante italiano, Luis Héctor Castellani y de Catalina Contemponi.

¹ La cita está tomada de la *Semblanza del Padre Leonardo Castellani* hecha por Monseñor Antonio Quarracino, en el Homenaje al Reverendo Padre Castellani, realizado en la Universidad del Salvador el 6 de julio de 1990.

² Leonardo Castellani, *Historias del Norte bravo*, p. 12.

Allí creció, a la vera del río, en contacto con el paisanaje y con aquellos pioneros que luchaban a tientas, guiados por el instinto, para abrirse camino; allí forjó su visión del mundo y aprendió a amar a la patria que es «el amor primero/y es el postrero amor después de Dios».³

Allí, en la infancia, comenzó a manifestarse su vocación de narrador y su capacidad de observación: «mi gran diversión era, después de leer cuentos y contarlos, ver y oír todas las cosas», disposición que le permitiera atesorar en su memoria vivencias de «sucesos centrales, trágicos o tristes» que años más tarde aflorarían como materia poética en sus obras, «como islotes de enseñanza y ensueño» que fijaría en la escritura, con intención catártica, para librarse de ellos.⁴ Recuerdos de sus raíces que constituyen los cimientos de su obra poética.

De su padre —oriundo de Florencia y naturalizado argentino, maestro y periodista, fundador del diario *El Independiente*, hombre de carácter impetuoso y de firmes convicciones, que muriera asesinado por intereses políticos en 1906—⁵ heredó la naturaleza apasionada e indoblegable, que conjugó con una libertad interior espontánea e ingenua comparable a la de un niño que expresa lo que siente sin medir las consecuencias.

Temperamental, impulsivo, contestatario, frontal en la expresión de sus ideas pero respetuoso de la libertad de pensamiento de los otros, no obstante sus polémicas; poseedor de una sólida formación intelectual —obtuvo el grado de Doctor Sacro Universal en la Pontificia Universidad Gregoriana y el de Doctor en Filosofía, Rama Psicología, en la Sorbonne—, que le permitió desarrollar una actividad polifacética —periodista, docente, escritor, pero

³ Leonardo Castellani, «Canción del amor patrio», en *Las muertes del padre Metri*, p. 33.

⁴ Cf. prólogo a *Historias del Norte Bravo*, p. 12.

⁵ Encontramos una proyección de esta muerte en una de sus primeras creaciones, «El cuento», *Historias del Norte Bravo*, pp. 15-21.

por sobre todo pastor de almas—, fue dueño de una intuición, una agudeza y una rapidez de juicio que solían depararle cuestionamientos y problemas.

Él mismo se define plenamente como «un pueblerito sangreguero tinterón tragalibros» que se atrevió a «manosear la guitarra de Hernández», de quien considera que ha heredado la «manda» de cantor porque un mismo «bautismo de sangre y tierra y agua y aire y sol nos hermana»,⁶ como un hombre «doctor en Teología, o sea un hombre que debe ver la Teología en la realidad y no sólo en los libros si es que quiere salvar su alma»,⁷ «maldomador de sueños y escultor de la nieve».⁸

Su solidez teológica y su alta espiritualidad se unen al saber científico y al de las ciencias del espíritu en sus creaciones, frutos difíciles de encuadrar en el paradigma del canon literario, que responden a un «género singular», acorde a la peculiar personalidad de Castellani, a quien el padre Benítez⁹ calificó de «género único».

Sus obras de imaginación son frutos originales, que parecen no responder a un plan escritural determinado y estructurarse a partir de las peripecias; discursos narrativos donde el contexto sociohistórico gravita profundamente en la acción en tanto que la historia se entreteje con las ciencias, los sentimientos y la religión para expresar, con sencillez, los problemas más intrincados de la condición humana y la filosofía o bien las verdades de la Fe.

En sus narraciones, de corte realista, plasma un mundo diegético pintoresco y colorido donde es-



pacios, objetos, situaciones y símbolos de la vida cotidiana son fácilmente reconocibles, al igual que los personajes tipos que, más allá del color local del ambiente y el tiempo en que se desarrolla la historia, pueden considerarse universales.

El juego lingüístico discursivo, sutilmente, induce al lector a poner en acto su ca-

pacidad de interpretar las relaciones existentes entre su realidad vital y la del mundo representado en la ficción, a través de la magia de una escritura sencilla, pero profunda desde el significado, que tiende a una sola meta: alcanzar y transmitir la palabra de Dios, cuyo Verbo no se agota en sí mismo, que es la única portadora de la Verdad y capaz de iluminar el sendero de la vida humana.

Leonardo Castellani fue un apasionado en su vida y sus fantasías literarias, que nacen de un arrebato vital surgido de la intimidad de su espíritu. Fue un hombre que escribió cuentos porque «no podía evitarlo», como señala en el prólogo a *Historias del Norte bravo*, relatos en los que presenta un mundo simple y complejo al mismo tiempo y plasma su temática recurrente: la religión; la familia; la problemática de la muerte; la preocupación sociológica; la ternura por los desvalidos; el amor a los niños; la admiración por la fortaleza de los que luchan; la importancia de las cosas simples; el profundo rechazo de la politiquería, la ruindad y el crimen.

El género policial y de enigma, discurso esencialmente intelectual que se propone develar un misterio «por obra de la inteligencia, por una operación intelectual»,¹⁰ ejerció poderoso influjo en Castellani, en virtud de las posibilidades de buceo psicológico, de crítica social e ideológica y de reflexión religiosa que permite. Posibilidades que supo explotar con singular habilidad y estilo.

Al respecto, Jorge Lafforgue señala: «La lupa de la Teología no estará ausente [...] en los cuentos policiales de Leonardo Castellani, cuyas anécdotas parecen ser con frecuencia simples coartadas para exponer y defender el eterno tema de la Salvación».¹¹

La originalidad de Castellani radica, acaso, en que sus historias, al remitir a un contexto social que las enmarca y del que nacen, cuyo sentido es preciso descifrar, abre camino a la narrativa no ficcional y, paralelamente, en un nivel más profundo constituyen una investigación y una denuncia acerca de esa realidad y de la sociedad contemporánea.

⁶ Leonardo Castellani, *La muerte de Martín Fierro*, pp. 13 y 16.

⁷ Leonardo Castellani, *Decíanos ayer*, p. 45.

⁸ «No me doy por vencido», en *La Prensa*, 1959.

⁹ Hernán Benítez, Prólogo a *Crítica Literaria*, p. 11.

¹⁰ Jorge Luis Borges, «El cuento policial», en *Obras Completas*, v. IV, p. 193.

¹¹ Jorge Lafforgue y Jorge Rivera, *Asesinos de papel*, 1996.

La labilidad estructural del género se evidencia en sus creaciones que, en algunos casos, se adecuan a los cánones ingleses de la novela problema, donde el enigma que rodea el crimen se resuelve por medio del ejercicio de la inteligencia, en tanto que otros dan cuenta de lo impreciso de las fronteras y de la fuerza de la contaminación genérica.

Con la aparición de *Las nueve muertes del padre Metri*, volumen de cuentos policiales publicado en 1942, en los que se acerca a su admirado Chesterton en el manejo del género, en el dominio de la paradoja y la creación del sacerdote-detective, dio impulso a la narrativa policial en nuestro medio, como asevera Rodolfo Walsh.

El protagonista de esas historias, el padre Metri, es considerado por la crítica, con una actitud francamente reduccionista, como una transposición del padre Brown transplantado al suelo argentino y acriollado. Al respecto, podemos afirmar que, si bien retoma la idea del clérigo-investigador, obra a semejanza del escritor irlandés que estructurara a su criatura ficcional, el padre Brown, en base a la personalidad de su confesor, el padre O'Connor, y funde los rasgos de ese personaje con los caracteres psicológicos y algunos sucesos vividos por un sacerdote, fray Ermete Constanzi, más conocido como padre Metri —misionero en el Chaco santafesino del que tuviera noticias por relatos y recuerdos familiares, hombre de ciencia y acción que era gran narrador.

Pese a los puntos de contacto, pues la influencia de Chesterton es indudable, los diferencia la visión del mundo, alegre y racional en aquél, angustiada y visceral en Castellani. Los reales aportes de Castellani a la narrativa policial en nuestro medio, como señala Barcia, han sido soslayados, y no se ha estudiado la personal estructura de sus historias policiales, que enriquece con matices de humor, con la ironía y la parodia, en cuanto recursos estilísticos, unidos a una reflexión metafísico-teológica sobre la referencialidad histórica, que pueden observarse en *El crimen de Ducadelia y otros cuentos del trío*, o en *Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas*.

Castellani plasma, en el relato de crímenes concretos, no sólo una realidad psicosociológica sino el eterno planteo entre las fuerzas del Bien y del Mal que subyace en las profundidades del alma humana, la busca de una Verdad superior.

Sus relatos regionales *Historias del Norte bravo y Camperas*, en cambio, configuran la imagen de un mundo chúcaro, salvaje y poético, poblado por una amplia gama de tipos humanos enfrentados a los problemas que la vida urde en esos paisajes característicos de nuestra tierra, historias simples donde encontramos la intención didáctica y el ambiente tan caros a Horacio Quiroga.

Castellani mira el mundo con una actitud crítica y denuncia la frivolidad de la vida moderna y el avance del mal ante la pasividad de la sociedad y el aburguesamiento de los católicos, al mismo tiempo que expresa su amor por la justicia y el deseo de alcanzar la restauración del orden social en Cristo.

Hombre de profunda fe, aferrado a las «verdades insondables que la Única Verdad enseñó al hombre», teólogo ortodoxo, «Quijote de lo absoluto», hizo de la expresión de esa fe la causa y el fin de su vida y su obra. De allí que, en sus textos profanos, donde hallamos profundas reflexiones dogmáticas matizadas por el humor, nos ofrezca una visión de la realidad a la luz de la teología.

La poética

El intento de perfilar la concepción poética del padre Leonardo Castellani no resulta tarea ardua por cuanto ese pensamiento impregna y atraviesa toda su obra. Está presente, ya a modo de juicio crítico, riguroso, taxativo y certero, en su producción ensayística,¹² donde expresa la filosofía estética en la que basa su poética, ya plasmado en las palpitanes y vividas imágenes estructuradas en el singular discurso de sus creaciones literarias. Ideario artístico que, como bien señala Liliana Caratti,¹³ él mismo expone de modo sistemático en el apéndice de *Doce parábolas cimarronas*,¹⁴ y en «Arte Poética»,¹⁵ donde sintetiza su concepción estético-literaria.

A juicio de Castellani, las obras de arte, «esas creaciones humanas» acerca de la Verdad, la Belleza y el Ser, son, en cuanto «creaciones» y más allá de la

¹² En *Crítica literaria* (1974) y *Nueva crítica literaria* (1976).

¹³ Liliana B. Pincirolli de Caratti, «El pensamiento poético», en *Revista del Instituto de investigaciones históricas Juan Manuel de Rosas*, n° 36, 1994.

¹⁴ Leonardo Castellani, *Doce parábolas cimarronas*, pp. 156-173.

¹⁵ Leonardo Castellani, *Las canciones de Militis*, p. 31.

bondad o maldad de su contenido moral, poseedoras de una esencia ideal y de algo eterno pero, en cuanto «humanas», sólo «son mera imaginación, un vano sueño».¹⁶

«La belleza, que es el objeto del Arte, tiene que ver con la Verdad y el Bien ontológicos, que son dos nombres de Dios»,¹⁷ y es a través de la Belleza percibida, que produce el Amor, que es la atracción del Bien y manifestación de la plenitud del ser, que el arte ayuda a entender el misterio de las cosas:

En suma, el arte es un reflejo de Dios, de la imagen de Dios en el alma del hombre, y la actividad más connatural al hombre; y si viviésemos en pura natura, sería la actividad más alta del hombre.¹⁸

En la concepción castellaniana, el arte, que tiene una raíz religiosa, y donde el artista plasma su espíritu, es un lujo del alma que juega a la creación:

Arte, lujo del alma, descotado
batón de seda de la idea esquivada,
alcaloide sutil y alambicado,
néctar de la más fuerte siempreviva,

El hombre poeta decide el camino a seguir optando por usar el don del verbo para ofender y engañar o, por el contrario, para cantar el Bien, para dar testimonio de su fe:

Carraccio, Tiepolo, Bellini ... cuánta
fe, para de esa tela y droga atroz,
haber hecho sin fin. Venecia santa,
dalmáticas e incienso para Dios.¹⁹

El arte es juego que entraña un peligro para el poeta, en virtud de su naturaleza humana, por eso el padre advierte que

El Arte sirve al lujo, es un lujo y el lujo y la lujuria están cerca. El Arte es un lujo intelectual, un lujo del alma; y el alma lujosa orilla el orgullo. El Arte juega, es un juego; pero juega a la creación, como Dios, y por eso está cerca

de la idolatría. El Arte tiene que ver con lo divino; mas el último fin del hombre no es lo divino sino Dios mismo; personal, infinito e inaccesible, a no ser por la Gracia.²⁰

Para Castellani, la poesía es intuición y emoción, cosa viva nutrida en la realidad y en el acervo poético del pasado, en el que se ha de abreviar para «olvidarse de todos los libros después de haberlos leído todos».

La poesía

Leonardo Castellani concibe la poesía como gesto, como expresión de un movimiento vital —«la vida es movimiento», dice—, como manifestación de una necesidad de comunicación del hombre que es poeta; gesto que despierta en los receptores una repercusión mimica que va acompañada de un correlato mental que nos revela el interior de los otros, señala en *Psicología humana*.²¹

La fuente de la poesía, nos dice Castellani, es el estilo oral, ese estilo con el que se han creado los libros más grandes de la humanidad: la Biblia, el Korán, el Talmud, los poemas homéricos, etc., estilo olvidado y desvalorizado, a su juicio, por la soberbia intelectual de la modernidad.

Contra los artificios de la literatura escrita, Castellani propone la espontaneidad natural de la literatura de tradición oral; por eso, en su obra, este humanista cristiano al que podemos calificar de erudito privilegia el gesto, la emoción y la sencillez de la oralidad:

Sea tu verso un gesto viril
y no una actitud escultórica
de alma y carne, no de marfil...
y todo lo demás es retórica.²²

Siguiendo el ejemplo de Cristo, quiso ser «maestro». «Yo lo que quiero es enseñar, no divertir ni conmovér», dice por boca de Pio Ducadella, y buscó ser entendido por los más humildes y menos preparados, iluminar al que sufre en la oscuridad y restituir la felicidad a los espíritus con el estilo más

¹⁶ Cf. Leonardo Castellani, *Psicología humana*, p. 327.

¹⁷ Leonardo Castellani, «El arte de las parábolas», en *Doce parábolas cimarronas*, p. 162.

¹⁸ Leonardo Castellani, *Doce parábolas cimarronas*, p. 168.

¹⁹ Leonardo Castellani, «Pascua luminosa», en *Crítica literaria*, p. 35.

²⁰ Leonardo Castellani, «El arte de las parábolas», en *Doce parábolas cimarronas*, p. 163.

²¹ *Psicología humana*, pp. 101-104.

²² Leonardo Castellani, *Las canciones de Militis*, p. 33.

natural y poético. Trató de imitar la sencillez de la forma, la unción y el interés que despertaba el Maestro, al acomodar su mensaje al nivel de sus oyentes con fuerza particular y persuasiva; y como Él se expresó con vehemencia para condenar la altivez espiritual de sus interlocutores.

Privilegió la parábola como género claro y elocuente que permite establecer la analogía existente entre el mundo visible y el invisible; género que habla a la imaginación, estimula la actividad espiritual y permite captar la enseñanza oculta en la narración, a través del cual se puede predicar la Verdad sin ofender a los poderosos.

De allí su estilo parabolero, como le gustaba decir. Son parábolas sus fábulas camperas, al igual que *Su majestad Dulcinea y Juan XXIII (XXIV)*, lo son también sus cuentos, y son personajes de parábola los suyos.

El don

El talento literario es, para Castellani, un don divino, un atributo lacerante e irrenunciable del poeta, que va unido a una facultad peculiar: la perspicacia, esa doble vista de la que hablaba Balzac, una «videncia» que le permite captar la realidad más hondamente, en toda su dimensión, vivirla con mayor intensidad, y sentir íntimamente, con mayor hondura, tanto la belleza cuanto la fealdad del mundo que lo lastima y lo entristece, dolor que sublima en el penoso gozo de la creación:

Es un don doloroso del poeta
su doble percepción, su doble vista.
El que ve la belleza ve lo feo,
y es triste. Mas, cantado, es poesía.²³

Talento que viene de Dios:

¿Y quién me enseñó estilo y armonía?
El mismo Director, Él la enseñaba.
Él la enseñaba, sí; yo la vivía.
Y ella en el alma se me ensimismaba.²⁴

Gracia a la que no se puede renunciar, que ha de ejercitarse, que debe dar sus frutos, pues, como lo enseña en la parábola *De las minas y los talen-*

tos, aquel que ha sido privilegiado con ese don habrá de dar cuenta de lo que con él ha hecho.²⁵

Esa aptitud singular, que diferencia al poeta de los otros hombres, que lo acerca al Absoluto, paradójicamente, se convierte en una pesada carga, pues lo enfrenta a un mundo que no lo comprende, con el que no puede pactar, el que se molesta con sus agudezas y lo margina cuando le transmite la cara desagradable de la realidad, esa que, deliberadamente, acaso, quiere ignorar. Rechazo que se acentúa aún más, en estos tiempos de descreimiento, cuando el poeta es un hombre religioso que tiene «el coraje de vivir» el compromiso de su arte con la Verdad, y que Castellani expresa, en sextinas de corte hernandiano, con aceptación:

Vas hacer hablar a muchos
me dijo en más de un recodo
unos hablarán de un modo
otros de otro, así o así
mantente en la verdad
con eso te digo todo

dirigi a Dios solamente
todo tu afán de cantor
plata no esperés ni honor
si es claro y fiel tu cantar
mal te van a interpretar
y cuanto más claro, peor.²⁶

²³ Con respecto a la creatividad como mandato divino y en relación con el significado de «talento», señala en *Las Parábolas de Cristo*, p. 282: «Dígame si esto no significa ordenar Dios al hombre, como *servicio de Dios* la creatividad, —o sea la actividad productiva de sus facultades— con el rigor más absoluto». Y amplía, en la p. 280: «Dios quiere por lo visto que cada hombre en este mundo (y sin eso no puede salvarse) "haga algo", produzca con y en su mente primero y después afuera, una cosa que ningún otro pueda hacer sino él». Conceptos semejantes expresa en *Psicología humana*, pp. 342-343: «Si Dios le dio a uno el talento literario, tiene que hacer literatura, aunque en toda literatura haya complacencia propia y la religión sea contraria a la complacencia propia, porque ése es el camino de suprimir la complacencia propia, hacerla servir para algo».

²⁶ Leonardo Castellani, *La muerte de Martín Fierro*, p. 214.

²³ Castellani, Leonardo, *Juan XXIII(XXIV); una fantasía*, p. 276.

²⁴ Leonardo Castellani, *Los papeles de Benjamín Benavides*, p. 218.

Castellani, como tantos otros poetas, ha vivenciado ese dolor, producto de la soledad y la incompreensión, que es una llaga abierta:

Ya les dije que el cantor
si canta, canta su vida
sólo descubro mi herida
y con hacerlo, la curo
y que yo sepa, les juro
no la canto embellecida.

Y al cantar suma su voz a las voces de todos los poetas, de las que se hace eco, para entonar esa queja dolorosa que arranca del espíritu la acuciante necesidad de crear, más allá del gozo que esa misma actividad entraña:

Yo a Dios en mi vida triste
le he pedido sin cesar
gracia para soportar
el talento que me diste.²⁷

El poeta y su misión

El poeta, para Castellani, tiene algo de vate, de nabi, de profeta que anticipa en sus intuiciones y presentimientos, basados en datos racionales, que nacen de su subconsciente en ese estado de éxtasis que llamamos inspiración, el porvenir de su época,²⁸ plasmándolos en imágenes poéticas:

La prudencia aconseja que se hable en parábolas, que se hable indirectamente, que se hable humorísticamente. ¿Para qué está el escritor? Para divertir a la gente. Para divertirla, si no, no hay pan. Vamos a divertirla describiendo obscuramente su propio destino: se reirán a carcajadas del tonto de la parábola; se indignarán del malvado de la parábola, sin darse cuenta de que son ellos mismos.²⁹

De allí el estilo parabolero que atraviesa toda su obra, pues para él la parábola no es un género menor sino «poesía simbólica», en la que el tono conciso, la sobriedad y el lenguaje coloquial y popular contribuyen a expresar los símbolos, y los tropos, el acercamiento a lo absoluto.

²⁷ Leonardo Castellani, *La muerte de Martín Fierro*, p. 181

²⁸ Leonardo Castellani, *Psicología humana*, p. 349.

²⁹ Leonardo Castellani, *Las parábolas de Cristo*, p. 63-64. Los versos citados corresponden a un soneto incluido en *Las ideas de mi tío el cura*.

El acto creativo ha de ser libre, ha de permitir que el poeta asimile y se funda con la naturaleza llevado por el amor al Creador, del cual es símbolo.

En su «Arte poética», una cuarteta basta para señalar el sentido que orienta su creación:

Reniega una vez más de tu fortuna
da de mano las frases bellas
y cual los perros a la luna
di tu verdad a las estrellas.³⁰

Cantar la verdad es su misión, pero no la verdad ambigua, cambiante, mediocre y egoísta de este mundo con valores subvertidos donde nos ha sido dado vivir, sino:

La verdad que antes iba al lado
de la poesía, virgen ruda,
tan fuerte como un hombre armado
o como una mujer desnuda.³¹

La Verdad suprema, aprehendida, internalizada y hecha carne en el duro camino de la existencia humana, vivenciada para poder transmitirla como experiencia subjetiva, con valor de verdad.³²

Es así como puede sostener el concepto de verdad en la obra poética:

Y en esto la boca mía
es de la verdad la fuente
un poeta nunca miente
ni en lo más imaginario
y esto todo es inventado
no hay cosa que yo no invente.
[...]
Pero el poeta no miente
cuando canta francamente
lo que vio y creyó mirar

³⁰ Leonardo Castellani, *Las canciones de Militis*, p. 32.

³¹ Leonardo Castellani, *Las canciones de Militis*, pp. 13-14.

³² En relación con la verdad de la subjetividad, señala en su «Arte poética», incluida en *Canciones de Militis*: «La experiencia es un modo de conocer que se refiere a uno mismo por un lado y por otro a las cosas; pero a las cosas que han pasado por uno; de modo que es un conocimiento enteramente cierto, indubitable, porque no es un conocimiento de oídas; y eso es lo que significa esa frase aparentemente disparatada del filósofo Kirkegard: la subjetividad es la verdad; lo cual quiere decir que la única verdad verdadera, segura y vital que poseemos es aquella que está enzarzada con nuestra propia existencia. Todo lo demás, aunque no sea despreciable, son saberes de oídas» (pp. 31-32).

diganme qué va a cantar
si no canta lo que siente.³³

No hay mentira en la invención poética, pues «el material» surge de la realidad sedimentada en lo profundo de su alma.

La poesía tiene por misión ser portadora de la verdad, y esa verdad del poeta tiene su correspondencia en la Verdad Evangélica, que «debe ser vivida, comunicada y obrada», como dijera Pío XII.³⁴

Para Castellani, la Verdad es sinónimo de Cristo, a cuyo servicio está la poesía. Ser poeta es ser nabi, recitador, nos dice:

Dios está en la obra de todos los grandes poetas, aunque sea odiado como en Vigny, negado como en Swinburne, calumniado en Leopardi, escarnecido en Heine, blasfemado en Shelley, insultado en Carducci; está con su Amor en Juan de la Cruz, con su conocimiento en León, con su Iglesia en Prudencio, con su Presentimiento en Verlaine; y en los poetas malditos, Rimbaud, Baudelaire y con su Justicia; y con todo junto en Dante. Si nos obligaran a definirlo en la obra de Claudel, diríamos que está en ella como último fin del hombre.³⁵

La poesía es, entonces, un medio para llegar al cielo:

Dios no me ha dado pan a repartir
templo que hacer ni enfermo que vendar...
tan sólo la misión de hacer salir
el sol cada mañana sobre el mar.

No me mandó enseñar a bien vivir
sino a saber morir —y me hizo dar
el verbo inteligible que formar
y que decir sabiéndolo decir.
[...]

Y espada se hizo y fuego el verbo en mí.³⁶

El «corazón es lo que interesa al poeta», dice a propósito de Claudel,³⁷ y esa aseveración bien puede aplicarse a su creación.

³³ Leonardo Castellani, *La muerte de Martín Fierro*, p. 104-111.

³⁴ Citado por Castellani en *Las Parábolas de Cristo*, p. 282.

³⁵ Leonardo Castellani, *Crítica literaria*, p. 98.

³⁶ Leonardo Castellani, *Las parábolas de Cristo*, pp. 63-64. Los versos citados corresponden un soneto incluido en *Las ideas de mi tío el cura*.

No son, a juicio de Castellani, los valores estéticos ni la temática los que hacen de un discurso una obra literaria, sino la Verdad, ese Bien inefable, universal que trasciende y se expande superando los límites propios de la palabra que florece con nuevo sentido y nueva vida, libre de las ataduras de la lengua.

Una poesía inmortal no es al fin más que un alma vibrante de amor o dolor que ha encerrado por obra del arte ese momento suyo en el joyel alado y transparente de la palabra. Pero no basta eso: es preciso que esa misma vibración la hayan tenido o puedan tener centenares de otras almas; vale decir, que sea comunicable o, lo que es lo mismo, humana.³⁸

La génesis de sus obras

En el prólogo a *Historias del Norte Bravo*, Castellani, desdoblado en Jerónimo del Rey, reflexiona sobre el origen, la utilidad y el fin de sus historias:

Con la ayuda de mi amigo [el jesuita Castellani], que se dignó prestarme sus instrumentos de introspección, hallé tres capas concéntricas, cada vez más sutiles, de motivación. La primera podría denominarse *recuerdos de infancia*, fuerte, recuerdos eruptivos, como dice mi amigo que dice Bacon. La segunda sería la percepción en ellos de dos o tres grandes leyes que rigen terriblemente la vida del hombre. La tercera sería un embrión de sistema de conocimiento interno y experimental de la Argentina por dentro, a través del conocimiento de mí mismo.³⁹

Evoca su infancia y su inclinación a la lectura de cuentos para, después, contarlos, a la que se sumaba su inquietud por ver y oír todas las cosas. Esas lecturas y vivencias dejaron sus huellas en la memoria y, años más tarde, surgieron «como islotes de enseñanza y ensueño».

Impensadamente, esos recuerdos

surgen así bruscamente delante de mí —es una figura insomne o una escena, casi siempre una

³⁷ Leonardo Castellani, *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*, 1974.

³⁸ Leonardo Castellani, *Crítica Literaria*, p. 98.

³⁹ Leonardo Castellani, *Historias del Norte Bravo*, p. 12.

persona—; me acaparan la atención y se hacen transparentes por dentro; y entonces yo los escribía para fijarlos y para librarme dellos. Llegan sin yo llamarlos y se me hacen sin yo quererlos, y una vez que están hechos es mucho más penoso no escribirlos.⁴⁰

Hay, en la narrativa castellaniana, una función catártica. Este hombre que observa la realidad en constante transformación, con la mirada ingenua y

los vidrios de colores de [sus] impresiones primeras [...] con los ojos no antejados aún de conceptos y de dichos ajenos, los ojos de cuando yo miraba todo intuitivamente y podía ver con fuerza enorme las cosas más simples, que son las más importantes.⁴¹

Esas «cosas simples» que constituyen lo «más importante» son una constante en su obra: la religión y la familia con el valor sociológico que comportan, el tema de la muerte, el rechazo del crimen y la ruindad, de la politiquería, el amor a los niños y la ternura por aquellos que sufren, por los desvalidos, la admiración por la fortaleza para resistir la adversidad de la vida.

Esas realidades «primordiales» conocidas en la infancia, que constituyen «los fantasmas de mi corazón», se plasman en su obra y permiten un conocimiento del mundo por analogía, pues en esos fantasmas el intelecto «inte-lee al trasluz, como una filigrana, la marca y la razón y la ley de las cosas».

El tema eje de la creación de Castellani es la realidad espiritual, la búsqueda constante de la perfección interior que lleva a Dios, al Ser Absoluto con el que el alma busca identificarse, fundirse, para transmitir su mensaje:

Conocer la Verdad en este mundo
no es fácil. Cierto. Defenderla menos.
Pero ella sola funda los serenos
templos del Cristo siempre moribundo.⁴²

La preocupación religiosa signó su vida y su obra, la Fe fue la brújula que marcó el camino hacia Jauja, camino sembrado de escollos que entorpecían

su andar, pero que no abandonó en ningún momento porque sabía bien lo que quería: alcanzar el Reino de los Cielos.

Su ideal es la Verdad; su estética, sustentada en la moral y el saber, es la expresión de la sencillez y la humildad; su intención, mostrar al hombre contemporáneo, reflejado en el espejo de sus narraciones, su vacío espiritual, la pérdida de ese centro interior en el que se encuentra Dios y del sentido de trascendencia de la vida.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis, *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, v. iv, 1996
- Castellani, Leonardo, *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*, Buenos Aires, Dictio, 1974
- , *Declamamos ayer*, Buenos Aires, Sudestada, 1968
- , *Doce parábolas cimarronas*, Buenos Aires, Itinerarium, 1959
- , *El crimen de Ducadelia*, Buenos Aires, Doseme, 1959
- , *Historias del Norte bravo*, Buenos Aires, Dictio, 1977
- , *Juan XXIII (XXIV), una fantasía*, Buenos Aires, Theoria, 1964
- , *La muerte de Martín Fierro*, Buenos Aires, Cintra, 1953
- , *Las canciones de Militis*, Buenos Aires, Dictio, 1974
- , *Las ideas de mi tío el cura*, Buenos Aires, Excalibur, 1984
- , *Las muertes del padre Metri*, Buenos Aires, Dictio, 1978
- , *Las parábolas de Cristo*, Mendoza, Jauja, 1974
- , *Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas*, Buenos Aires, Dictio, 1977
- , *Nueva crítica literaria*, Buenos Aires, Dictio, 1976
- , *Psicología humana*, Mendoza, Jauja, 1997
- De Brethiel, Jacques, *Leonardo Castellani, novelista argentino*, Buenos Aires, Guadalupe, 1973
- Eisewzweig, Uri, *Le récit impossible. Formes et sens du roman policier*, Paris, Christian Bourgois, 1986
- Lafforgue, Jorge y Jorge Rivera, *Asesinos de papel. Ensayos sobre narrativa policial*, Buenos Aires, Colihue, 1996
- Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, n° 36, 1994
- Ruiz Ibarlucea, Alicia, *Cuentos policiales argentinos*, Buenos Aires, Huemul, 1989
- Vizcay, Luis, *Leonardo Castellani*, Buenos Aires, Teoria, 1962
- Zlotnik de Goldman, Irene, «La productividad de los códigos en el cuento policial argentino», en *Argentina en su Literatura*, Fac. de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1986

⁴⁰ Leonardo Castellani, *Historias del Norte bravo*, p. 13.

⁴¹ Leonardo Castellani, *Historias del Norte bravo*, p. 13.

⁴² Leonardo Castellani, *Las canciones de militis*, p. 123.